

Tampoco encontró quien quisiera correr el riesgo de confiarse á ese buque fantástico, que debía, sin fuerza motriz aparente, navegar sobre un río agitado como un mar, y remontar su rápida corriente.

Algunos minutos más, y el acontecimiento iba á pronunciar su fallo entre Fulton y sus detractores y á decidir si era una concepción sublime, ó la loca fantasía de un espíritu atormentado, que por tantos años sostenía una lucha incesante contra el destino.

La mayoría de los asistentes, ansiosos y profundamente conmovidos, presentía vagamente que algo de grande y misterioso se les iba á revelar, pero un cierto número de escépticos é incrédulos, que nunca faltan en toda aglomeración de hombres, se divertían á costa del pretendido descubrimiento, burlándose del espectáculo y de los espectadores.

Los gritos y las burlas redoblaron cuando vieron á Fulton, sobre el puente de *El Clermont*, dar la señal de partida á algunos intrépidos marineros que estaban ocultos en el interior del buque.

De repente una bocanada de humo salió de la chimenea de *El Clermont*, aumentando rápidamente hasta convertirse en una nube; la embarcación se conmovió, sus grandes ruedas golpeaban el agua, que saltaba hecha espuma, y su proa, hendiendo el Hudson, avanzó deslizándose sobre las olas.

Una conmoción eléctrica se apoderó de la muchedumbre; se elevó un murmullo confuso, y alguna cosa extraña y formidable salió de veinte mil pechos anhelantes..... Después los hurras y los gritos hicieron lugar á un entusiasmo y delirio universal, llevando al corazón de Fulton un minuto de indecible placer que le pagó los diez años de lucha y sufrimientos.

La travesía se hizo con toda felicidad, pero fué acompañada de incidentes fáciles de explicar, si consideramos el sorprendente efecto que produciría esta extraña embarcación en los viajeros y marineros que pasaban al lado de él..... Cuando vino la noche y *El Clermont* apareció á lo lejos, lanzando por su chimenea humaredas incandescentes, que le hacían parecer un penacho inflamado, y con sus ruedas, cuyas paletas, cual inmensos remos de hierro, levantaban y hacían hervir el agua, los habitantes de la ribera huían espantados y los barqueros del río se ocultaban en el fondo de sus barcos.

A su vuelta de Albany, Fulton fué más fe-

liz que á su partida de Nueva York: se presentó un pasajero.

Naturalmente, Fulton no tenía empleados para vender los pasajes ni para recibirlos, así fué que el confiado pasajero tuvo que entregar á él mismo los seis pesos, que era el precio fijado para el pasaje de travesía.

Fulton miró los seis pesos y pareció absorto en esta contemplación.....

Oh! dijo el grande inventor, alzando los ojos en los cuales brillaba una lágrima, pensaba, al considerar este dinero, que era mi primera entrada, y hubiera querido, al daros las gracias, ofreceros un vaso de vino de Francia; porque he reconocido en vos un hijo de aquel país, en que he vivido y que tanto he amado; pero hoy estoy demasiado pobre para permitirme este placer.

Este francés se llamaba Andrieux.

Mas tarde volvieron á encontrarse. La gloria y la fortuna habían ilustrado y enriquecido á Fulton; pero acogió con un verdadero gusto á su primer pasajero.

Al ver nuestros vapores salir de nuestros puertos para ir á afrontar las tempestades, pensemos en su primer antecesor, *El Clermont*, que les abrió el camino hace sesenta y cuatro años.....

EL HOLGAZAN.

El joven Eduardo era hijo de padres muy ricos. Lo sabia y fiado en su fortuna jamás quiso aprender nada. Santiaguillo, hijo de un vecino suyo pobre, era, por el contrario, muy laborioso y aplicado, y aprendió en muy poco tiempo á hacer cartas.

Un día en que Eduardo se divertía en la orilla del mar pescando con caña y Santiaguillo acababa de cortar una carga de ramas de sauco, y cuando se disponían á volverse á casa de sus padres, de repente se vieron acometidos por unos piratas escondidos entre las rocas y arrastrados á su buque para ser conducidos como esclavos.

Asaltado el buque por la tempestad, fué arrojado á países lejanos, y concluyó por estrellarse contra unas rocas al pié de una isla salvaje. Solo los dos niños se salvaron del naufragio y consiguieron salir á tierra habitada por unos bárbaros y crueles negros.

Santiaguillo calculó que su oficio le haría encontrar favor entre los isleños; y sacando su cuchillo cortó algunos mimbres y ramas de saucos y se puso á tejer una lindísima cesta. Una multitud de negros, hombres, mujeres y niños, acudieron á su alrededor y le estuvieron mirando trabajar con muchísima curiosidad.